

esta region de los tormentos: *Ne, et ipse veniat in hunc locum tormentorum.* (LUC. 16.) Pero por que quizá no te creerán, darás al Conde estas señas: Que se acuerde del secreto consejo y pacto oculto, que hicimos los dos juntos en tal guerra, y sobre tal negocio: cosa de que solo él y yo somos sabedores. Dicho esto, calló, y estendiendo yo la mano para tocar la superficie de su vestidura, que á la vista parecia de grana, gritó: No te llegues, no me toques, que es toda de fuego; y si la tocas, desdichado de tí. Retiré al punto la mano; pero solo el aliento y ardor que salia de lejos, fué tan violento y voráz, que ya veis cómo me la ha puesto, quemada y denegrida: mirad de cuántas postillas y llagas me la ha llenado, y qué hedionda podre destila y corre á comerme la carne del brazo.

A la horrible vista de aquella mano, á la triste nueva de aquella silla, confirmada con la manifestacion del secreto, se espeluzó, se puso pálido, tembló, corriendo sangre fria por sus venas, el Conde. El preso, puesto en libertad, volvió á su casa, tan mudado y afeado, que ni aun sus parientes lo conocian. Vivió siempre sepultado en una profunda melancolia, y ninguno podia consolarlo con razones, antes él los entristecia á todos con su funestisima relacion, y les representaba aquel lugar de eternos tormentos, aquel horno de fuego instable, aquellas cadenas ardientes, que jamás se quitan á aquellos miserables esclavos; aquella sed intolerable, á quien jamás se concederá una gota de refrigerio; aquel arder en el hielo, y helarse en las llamas, aquel despedazarse á bocados las propias carnes; aquella horrenda vista de los demonios sus verdugos; aquellas

perpetuas agonias; aquellas rabias inconsolables; aquel vivir eternamente muriendo, y morir eternamente viviendo. Con esto les hacia mudar de voluntad, y aborrecer los placeres presentes, por no caer en los tormentos venideros; y no solo con palabras, tambien con obras, dió á ver en el breve resto de su vida, que no deseaba otra cosa, sino huir la experiencia de aquellas penas, de cuya vista solo habia quedado atormentado.

Corrió la fama del trágico suceso por toda aquella Provincia. Unos se rieron, como de fábula fingida por una fantástica melancolia, porque á su licenciosa vida, que no querian enmendar, les tenia cuenta no creer; lo que si creyesen, engendraria en su corazon un gusano roedor, que les inquietaria, con implacables remordimientos, su mala conciencia. Otros, con mejor consejo, y de mas juicio, la tuvieron por historia verdadera, conforme con los testimonios de los Profetas, y con la verdad del Evangelio; y entrando dentro de sí mismos, con lágrimas de penitencia, procuraron evitar aquel abismo de penas, cuya memoria no podian oír sin espeluzarse y temblar.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 12.:
Del aviso para aprender la paciencia de la batalla contra las pasiones.

LECCION VII.

DEL HIJO PRÓDIGO.

SI Dios, movido á piedad de un condenado, embiase del cielo al infierno un ángel á ofrecersele espacio de vida y gracia del perdon, con tal, que se resolviese á hacer penitencia, qué lágrimas de contricion, qué rigores y asperezas, qué ayunos, qué martirios no abrazaria de buena gana? Ahora nosotros éramos reos, merecedores y sentenciados al infierno desde que cometimos un pecado mortal: ya estaba fulminada la sentencia de condenacion; ya éstábamos entregados en las manos de los verdugos: *Expectabat non reos gehenna, debitis armata suppliciis* (S. VALER. 3. 1.) Pero Dios, por singular privilegio de su misericordia para con nosotros, suspende la ejecucion, nos ofrece el perdon, nos convida á penitencia. ¿Y hemos hecho alguna reflexion al recibir tan gran beneficio? ¿Es acaso menor gracia ésta, que á nosotros ofrece Dios, que aquella que ofreceria á un condenado!

Decidme, si un Príncipe, despues de haber pronunciado sentencia de Galeras perpetuas contra dos malhechores, mandara poner al uno en el remo por veinte años, á que experimentase los trabajos y molestias de la esclavitud, y despues le hiciese gracia de libertad; y al otro, antes de echarle la cadena al pié, antes de amarrarlo al banco de la galera, lo favoreciese, concediéndole gracioso perdon; ¿cuál de estos dos quedaria mas obligado al Príncipe? ¿Cuál le deberia es-

tar mas agradecido? Sin duda el segundo, que fué prevenido de la gracia, antes de experimentar el castigo. Pues este es tu suceso, pecador, que puedes decir con el profeta: *Nisi quia Dominus adjuvet me, paulò minus habitasset in inferno anima mea.* (PSALM.) Ya habrias experimentado las penas del infierno, si Dios no te hubiera dado la mano para ayudarte y sostenerte, si no te hubiera ofrecido la gracia del perdon, si no te hubiera esperado y dado tiempo para hacer penitencia. ¿Qué afecto, pues, debes tener á tan gran Benefactor tuyo? ¿Qué lágrimas no debes derramar por las ofensas cometidas contra un Dios tan misericordioso? ¿Con qué corazon contrito debes recurrir al seno de su piedad, que está abierto para acogerte con las mayores finezas de amor? El Salvador del mundo nos propone para la imitacion á el hijo pródigo, cuando volvió á la casa de su padre, así como le hemos seguido en el huir, y ausentarnos de él.

Este infeliz jóven, criado en su casa entre las delicias, llegó á tomar tédio de las comodidades domésticas; y deseoso de libertad, pidió y consiguió, á disgusto de su padre, la parte de su legitima, para andarse paseando en holguras, festines, placeres y torpezas, hasta que gastando todo su patrimonio, se vió reducido á tal pobreza y miseria, que fué forzado á alquilarse á servir á un rústico amo, que le envió á su village á apacentar inmundos animales. ¡Oh, qué desgracia tan digna de compasion! Un jóven de noble nacimiento, criado entre tantos regalos y comodidades, venir á tal extremo de miseria, que andrajoso, medio desnudo, cayendo de hambre, se estaba debajo de una encina, cuidando de una

piara, que se apacentaba de su fruto, sin atreverse él á quietar su hambre aun con los brutos! Ves ahí el miserable estado de un pecador, que reengendrado á la gracia en las aguas del santo Bautismo, sustentado con los divinos Sacramentos, hijo adoptivo del Padre celestial, con el pecado renuncia la filiacion de Dios, y por un vilísimo placer se entrega por esclavo del demonio. ¡Qué paz, qué alegría puede jamás tener quien pierde á Dios y su amistad, y especial providencia con que le asistía en los peligros, como su guarda; lo consolaba en sus tribulaciones, como su Amigo; le procuraba toda felicidad, como su Padre? Mas ahora lo ha desheredado, como á hijo ingrato y rebelde; le ha vuelto las espaldas, como á traidor; le amenaza suplicios eternos, como á parricida. ¡Qué mayor pérdida? Acuérdate Jerusalén infeliz cuán gran castigo sea la ausencia de Dios, cuando enojado contra ella, dijo á sus angeles: *surgite, migremus hinc, derelinquamus eam*; porque al salir Dios por una puerta, entró por la otra todo el infierno á hacer horrible carnicería y extrago, hasta no dejar piedra sobre piedra. Mayor calamidad es darse por esclavo de Satanás, bárbaro pirata, que lo pone en miserable esclavitud; pero es de la condicion de aquellos tiranos, que hacian sacar los ojos á sus esclavos, para que no viesen la gran miseria que padecian. Así el demonio llega á quitar al infeliz pecador la luz de la fé y de la razon, para que no conozcan sus males, y se estén alegres y gozosos en sus mismos infortunios: *Exultant in rebus pessimis*. Un padre de la compañía de Jesus, viendo entre la soez canalla de una galera un jóven de noble aspecto, tiza y natu-

ral, puesto al remo, durmiendo sobre el banco, lleno de animalejos sucios, y de dia sudando al bogar, sustentando de un duro y negro vizcocho, se movió á compasion; y acercandose á consolarle, oyó que le respondia: Poco á poco, Padre, que yo no soy ya forzado, sino buena voya. ¡Buena voya? (replicó atónito el Padre.) ¡Es posible que tantas incomodidades no os dén á conocer vuestra miseria? ¡O que conociendola, podais amarla y escogerla con gusto? Mas extraña parecerá la locura de aquellos mendigos, que siendo ciegos, cojos, mancos, estropeados, huían de encontrarse con los santos milagrosos, porque temian, que los sanasen de su ceguera ó estropeadura, que amaban mas que la luz de sus ojos, y la sanidad de sus miembros, porque les iba bien, y les tenia cuenta el vil empleo de mendigos y pordioseros: *Miseri esse cupiebant, quia miseria erat illis pro quaestu*. A este estado reduce el demonio á sus secuaces; quítales el conocimiento de su mal, infúndeles alegría y gozo en las mismas y detestables desgracias: *Letantur, cum malè fecerint*.

Pero volvamos al hijo pródigo, á quien la hambre, la desnudéz, la objecion y desprecio le abrieron los ojos, y le volvieron el juicio, y le hicieron discurrir como sábio: *In se reversus dixit: quanti mercenarii in domo Patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo?* ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre están sobrados de pan, y yo aquí estoy pereciendo de hambre? ¡O suerte infeliz la mia, á qué extremo de miseria me ha traído mi caprichosa libertad! Tan mal me está haberme salido de la obediencia de mi buen padre: yo, que era servido de muchos criados,

ahora sirvo á puerkos: yo, que comia á mesa espléndida y regalada, aun de bellotas no puedo verme satisfecho. ¿Qué debo, pues, hacer? ¿Proseguir en esta infeliz vida? Es morir en miseria. ¿Volveré á mi casa? Me arrojarán con improprios y baldones. Ahora, con razon, aliento: *Surgam, et ibo ad patrem meum*. Levantaréme, é iré á buscar á mi padre. Es verdad que me he rebelado contra él, que le tengo gravemente ofendido: es verdad que no he cumplido con las obligaciones de hijo; mas él no ha perdido las entrañas de padre: *Ego perdidit, quod erat filii, ille quod patris est, non amisit*.

Moveráno á piedad las miserias de un hijo pálido, flaco, muerto de hambre, casi desnudo: diréle, compungido el corazón, y llenos de lágrimas los ojos: *Pater, peccavi in Coelum, et coram te*. Ves aquí, padre, á tus pies un hijo, que viene lleno de dolor á implorar de tu clemencia el perdón de sus yerros: confieso que he sido muy ingrato á tus beneficios, que contra toda razon he ofendido á tu bondad: *Jam non sum dignus vocari filius tuus*. No soy ya digno de llamarme hijo tuyo, por haber quebrantado todas las leyes de la obediencia, que debe un hijo á su padre. Solo pido por piedad ser admitido en el número de tus mas inferiores criados: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis*. Este contare por sumo favor, poder vivir en tu servicio, no ser arrojado de tu vista, y recompensar con humildes obsequios las injurias, que hice á tu paternal amor. Con estos sentidos afectos en el corazón, dejó la playa y el monte, y con pasos ligeros, aunque temerosos, se puso en camino ácia la casa de su padre.

¡Oh, pluguiese á Dios, que semejantes sentimientos entrasen en el corazón, y saliesen de la boca del pecador! Y que haciendo reflexión sobre el lamentable estado de su alma: *Redite praevaricator ad cor*, (JEREM. 2.) volviese en sí, y en su juicio, y reconociese, *quia malum, et amarum est reliquisse Dominum Deum suum*. Estos sentimientos del hijo pródigo repasaba en su pensamiento Agustino al convertirse á Dios, como lo pinta admirablemente en los libros de sus confesiones, para enseñanza de pecadores arrepentidos. Anduvo él mucho tiempo trabajando para rendirse á Dios. Ni hay barquilla en medio del mar tan acosada de contrarios vientos, cuanto lo estaba su corazón en la continua batalla, que en él traía el espíritu y la carne. Las miserias de su vida pecadora, las congojas de su alma, los remordimientos de su conciencia, lo tenían en una continua borrasca. Confesaba, que huyendo de su Dios, no tendría jamás sosiego; que siguiendo las sendas de sus sensuales placeres, no hallaría otra cosa, sino inquietud. En las recreaciones de los jardines, en los festines y en las conversaciones burlescas, en los convites, en los deleites, siempre traía atravesada una espina, que le atormentaba con el dolor de ver perdida la bienaventuranza, y con el temor del infierno, que le amenazaba. Con todo eso, no acababa de tomar resolución de volverse á Dios, porque le parecía cosa muy dura y áspera, hacer perpetuo divorcio, y privarse de sus deleites, y abstenerse para siempre de aquellos solaces y gustos, á que le llevaba, con el peso de la inclinación y la costumbre, su deleznable naturaleza; hasta que se le representó delante de los ojos la contigencia: ale-

gre, pero no desahogada; hermosa, pero no honesta: acompañada de dos coros, uno de jóvenes purísimos, otro de doncellas, adornadas de virginal pureza; y estendiendo ácia él las manos castas, le convidó á seguirla, haciendo burla de su cobardía, y proponiendole el ejemplo de aquel ejército inocente: *Iridebat me irrisione exhortatoria, quasi diceret: Non poteris, quod isti, et istae in Domino Deo suo?* De aquí Agustino tomó confianza; y estribando en la Misericordia divina dijo con el pródigo: *Surgam, et ibo ad Patrem meum.* Y rompiendo los lazos, que le tenían apisionado en los vicios, despreciando con generoso esfuerzo los vanos temores, que le hacían desconfiar, corrió á abrazar el crucifijo, diciendo: Tú, Señor, serás el Médico de mis llagas, lavatorio de mis inmundicias, norte en mis tribulaciones, y tranquilidad de mi combatido corazón.

Y ¿por qué yo, infeliz pecador, no sigo como Agustino, el ejemplo del hijo pródigo? Yo tambien reconozco el exceso de mis culpas: siento la turbacion inquieta de mi alma, y los remordimientos de mi conciencia. ¿Por qué no me resuelvo desde luego á hacer penitencia? *Cūr non modo finis turpitudinis meae?* ¿Por qué temo el recurrir ahora á mi celestial Padre, que interiormente me está llamando? ¿Cuántos incentivos de esta resolucion siento al presente, que quizá no los tendré mas en esta ocasion en lo por venir? Mi corazón me lo pide, cansado ya, y fastidiado de tanta inquietud. Me apremia la conciencia, fatigada de sentir tantos remordimientos. Me lo persuade la voluntad, á quien faltan ya las fuerzas para resistir á tantas punzadas, y aun empujones del Espíritu Santo. Me fuerzan mis sen-

tidos, llenos de horror, á vista de mi peligro, y de las amenazas de la divina Justicia. La muerte repentina, el juicio severo, el infierno formidable, en que pocas veces he pensado con seriedad, me constriñen. ¿Y con tantos estímulos no me pondré en camino para ir á los brazos de mi celestial Padre? ¡Ay, que sí! Ya me rindo: *Surgam, et ibo ad Patrem meum.*

§. II.

ACOGIDA QUE LE HIZO EL PADRE.

Pero demos que sean poco eficaces los motivos propuestos. No nos mueva un cielo perdido, ni un infierno tantas veces merecido. Venga otro motivo el mas fuerte y suave, que puede ser para un alma noble, para un espíritu generoso. Esta es la bondad infinita de Dios, que está con los brazos abiertos para acoger y estrechar en su corazón al pecador arrepentido. Cuando el hijo pródigo volvió á su casa, parece que debería haberle dicho su padre: ¡O hijo desconocido! ¡Ahora vuelves á mí, cuando la hambre y la desnudez te arrojan, y no te trae el amor y obsequio debido á tu padre! Bien merecía tu ingratitud, que yo te embiase á buscar que comer, á costa de aquellos con quien gastaste tu patrimonio; que yo te diera con las puertas en la cara, ya que con tanta porfia quisiste huirte de esta casa. Bien merecía la ingratitud del hijo ésta, ó mas severa acogida. Pero el padre, estando por buena suerte á la ventana, y viendo de lejos venir á tu hijo, temblando de ponerse en su presencia, *miser cordia motus*, sintió, que se le

enternecian las entrañas de piedad: corrió á encontrarse con él arrepentido, echóle los brazos al cuello, lo estrechó consigo, le dió ósculo de paz, lo roció con amorosas lágrimas, diciendo: Bien venido seas, hijo mio. ¡O cuánto consuelo me has dado! Yo vivía en continuo sentimiento por tu ausencia. Restitúyeme la alegría al corazón con tu venida. Luego volviéndose á los criados, les mandó trajesen aprisa ricos vestidos, previniesen espléndido convite, y solicitasen festivas músicas: *Gaudere, et epulari oportet, quia filius meus mortuus erat, et revixit, perierat, et inventus est.* Y lo que es señal de mayor amor, hizo le pusiesen el anillo en el dedo: *Date anulum in manus ejus*, que en aquel tiempo entre los hijos, era la señal de ser el mas querido, pues á él se fiaba, y ponía en su mano el sello.

Veis aquí espresas en propios términos las finezas de la divina Bondad en acoger á los pecadores, que á ella se convierten. Reparó agudamente san Agustín, que el Salvador jamás dió en cara, ni zahirió, aun muy de lejos, á ningún pecador convertido las culpas pasadas, ni á Pedro sus negaciones, ni á Mateo sus usuras, ni á la Magdalena sus liviandades: *Sic Deus de toto indulget, ut nec confundat improperando.* Tan del todo perdona Dios al que de veras se convierte, que no solo le castiga, pero ni aun le saca los colores al rostro, ni hace otro movimiento, como si se hubiese totalmente olvidado, según su divina palabra: *Peccatorum tuorum non recordator.* Mas el olvidarse de los pecados sería poco, respecto de la infinita misericordia de Dios. Pasa mas adelante á favorecer á los pecadores convertidos á las parejas de los inocentes, como

nos asegura san Gregorio: *Sic poenitentes recipit, sicut justus.* Esta sí, que es fineza propia de la divina Bondad. Los padres de la tierra con mas caricias favorecen á aquellos hijos, que siempre les fueron obedientes, y respecto de los discolos ó inobedientes usan menos gracias; mas severidad. No así el Padre celestial: *Pater misericordiorum*, Padre de las misericordias; aunque los pecadores en lo pasado le hayan sido mucho tiempo infieles é inobedientes, como se conviertan de veras, nada les escasea, les concede tan entero el perdón, que nada les niega, ni de afecto, ni de beneficencia; y así, si ellos amaren y sirvieren en adelante á Dios, como los inocentes, serán de Dios amados, é igualmente favorecidos, como él mismo lo protesta: *Impietas impii non nocebat ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua.* (EZEQ. 33.) de que nos sobran admirables ejemplares. Si el Salvador mostró gran complacencia, y se glorió de la leche de la inocentísima Virgen santa Inés, que en vez de sangre salió de sus heridas, cuando padeció martirio; tambien dió á ver, que conservaba con sumo gusto y estimacion en un vaso de oro las lágrimas que derramó a sus pies la pecadora Maria Magdalena en su penitencia. Si Dios embió á san Jacinto, espejo de pureza, á la reina del cielo su Madre, cortejada de un coro de ángeles, á alegrarle y consolarle los ojos con su vista, y el corazón con una música del paraíso; tambien á san Guillermo, duque de Aquitania, que primero fué adúltero y perseguidor de la iglesia, le envió á la Señora de los ángeles, acompañada de otro coro de vírgenes, á darle aliento, enjugarle las lágrimas y curarle las heridas con un

bálsamo celestial. Si el Redentor se apareció familiarmente á la purísima virgen santa Catalina de Sena, y abrazandola cariñosamente, le dió á beber la dulcísima Llagá de su Costado: de la misma manera á la pecadora Catalina Romana, que primero fué la escandalosa Taís de la santa ciudad, no se le hizo contradizo domesticamente? ¿No se sentó con ella á la mesa? ¿No roció los manjares con su preciosa Sangre, para atraerla con suavidad de aquel delicadísimo nectar á penitencia?

Mas, así como el hermano mayor del pródi- go, que siempre habia sido obediente á su padre: *Numquam mandatum tuum praeteriit*, le pareció, que el hijo menor y discolo habia sido mas favorecido, y recibido con mayores caricias de su padre; así parece, que la misericordia de Dios, por ensanchar el corazón á los penitentes, se muestra en cierto modo con ellos mas amorosa y benéfica, que con los inocentes, para que se vea claramente con cuánta verdad dijo san Pablo, que *ubi abundavit delictum, superabundavit, et gratia*.

Entre tantos Profetas justos y santos, ¿quién fué mas medido al corazón de Dios, quién mas enriquecido con singulares favores, que David, que habia sido adúltero y homicida? ¿Entre los Apóstoles hallareis alguno sublimado á mas alta dignidad que Pedro, que negó tres veces al Salvador? ¿Mas regalado, mas acariciado que Pablo, blasfemo y perseguidor de la iglesia? ¿Entre los Doctores de la santa iglesia, quién estuvo mas colmado de celestial sabiduría que Augustino, que habia sido tan derramado en deleites torpes? ¿En el coro de las virgenes hay alguna que haya sido mas amada, mas favorecida que Maria Mag-

dalena? *Quae fuerat in Civitate peccatrix?* ¡Oh, que el mismo Señor bien claramente confiesa que bajó del cielo, mas á buscar pecadores que justos. *Non veni vocare justus, sed peccatores*. A estos aguarda que hagan penitencia, á estos ofrece su gracia. Mayor gozo no se le puede dar, que en recurrir con corazón contrito al Seno de su misericordia: *Expectat Dominus, ut misereatur, vestri*. (ISAI. 30.)

El Testamento sagrado no acierta á explicar con cuántos suspiros Ana, madre de Tobias, esperaba la vuelta de su hijo, y con qué lágrimas de alegría le recibió en sus brazos, cuando llegó de su jornada. Mas inexplicable es el afecto con que Dios espera al pecador; mas indecible el consuelo con que le acoge, no solo con amor de padre, sino con ternura de madre, dice san Cipriano: *In amplitudine sinus sui mater charitas Prodigios suscipit revertentes*.

Pero en el inmenso mar de la divina Misericordia se deben huir dos escollos. El primero, es el de dilatar la penitencia, en fé de que Dios espera á los penitentes. El segundo, la confianza de pecar, porque Dios acoge y abraza á los pecadores. Es verdad, que Dios *expecta, ut misereatur*; mas tambien es verdad, que *pertransit benefaciendo*, que esparce sus beneficios y sus gracias eficaces á modo de relámpagos, y sus inspiraciones, como luces volantes y fugitivas. Quien no las recibe presto, nunca mas las recibe, nunca las logra. Por eso confiesa de sí san Agustín, que se llenaba de temor leyendo en muchos lugares del Evangelio que Cristo, Señor nuestro, al repartir sus favores iba de paso: *Transibat Fratres hoc, dico, et oportet dico, timeo Jesum tran-*

seuntem. (SERM. 18. DE V. D.) También repara gravemente en el Evangelio de los convidados á las bodas y á la viña. Lease, es verdad, que el Señor llamó al convite de las bodas en todo lugar, y á todo género de personas; de la misma suerte á la labor de la viña, convidó hombres de todas edades, y á todas horas del día, á prima, á sexta, á nona, y hasta aun la undécima.

Mas en tantas vocaciones tan diversas, registradas en el Evangelio, no se lee, que á ninguno le llamase segunda vez. Oida la descortezia del que no queria venir, ó la pertinacia de quieu dilataba la venida, no embió mas los criados á hacer nuevo recado é instancia. Para mostrar, que hay ciertos llamamientos mas eficaces, ciertas inspiraciones mas poderosas para una saludable conversion, las cuales no ofrece Dios sino cuando le place para los altos designios de su providencia. Enrique IV. rey de Francia, sabiendo un delito de lesa Magestad, cometido por el duque de Virón, lo hizo llamar á la corte, y le instó muchas veces que confesase su culpa, prometiendo el perdon. El duque estuvo siempre negativo, hasta que saliendo del gabinete real, fué preso. Entonces, viendose arriesgada la vida, embió á decir al rey, que estaba pronto á confesar y recibir el perdon. Mas respondió el rey: *Tempus veniue, et tempus vindictae.*

Ya pasó el tiempo del perdon: no quisiste aceptarlo; ahora es tiempo de la venganza y del castigo; quiero que se ejecute. Y de hecho le fué cortada la cabeza sobre un funesto cadalso. ¡Oh, que de Dios se deben recibir las gracias! *In tempore opportuno*, en su tiempo y coyuntura: de otra suerte no habrá mas tiempo. Ponderad bien este

punto, y decid en voz alta á vos mismo de modo que lo oiga lo profundo del corazon: ¿Quién sabe si ésta de los Ejercicios espirituales es para mí la última vocacion del cielo?

El otro escollo, que se debe huir, es la confianza de pecar en fé de la divina Clemencia, siempre pronta á acoger a los arrepentidos; porque Dios con ninguno usa con mayor rigor de su Justicia, que con los que abusan de su misericordia. Muy indigno se hace de la Bondad divina, quien quiere ser malo, porque Dios es bueno.

La verdadera regla de valerse de los atributos divinos para nuestro provecho, es la que enseña san Gregorio; esto es, despues de haber pecado, esperar en la Misericordia divina; pero antes de pecar temer á la divina Justicia. Porque así como el vino es el antidoto contra el veneno de la cicuta, yerba mortifera, si se bebe despues de ella; pero si se bebe con ella es mas irremediable veneno; así la esperanza de la misericordia será remedio, despues de la culpa, para no perderse del todo; pero será medio para perderse totalmente, si se acompaña la culpa con la confianza de quedar el pecador sin castigo. Dignisima de atencion es á este propósito la reflexion que hacen los sagrados Intérpretes, sobre el perdon que alcanzó el rey Manasés, y el castigo dado al rey Amón, su hijo.

Manasés, despues de una vida impía y sacrilega, fué esperado de Dios á penitencia hasta la vejez. Amón, despues de las primeras culpas, fué castigado de Dios en la juventud. La causa fué, porque este mal considerado jóven, para pecar se fiaba con decir: Mi padre, despues de tantas disoluciones, y tan graves y repetidas culpas, al-

canzó al fin el perdon: luego bien puedo, yo desfogar mis pasiones, y gozar de mis apetitos, que despues á su tiempo me convertiré á penitencia: *Sequar nunc errantem, postea sequar poenitentem.*

Al fin, grandes y grandisimas son las maravillas de la divina Clemencia en la acogida de los pecadores. Ella, con paternal amor, como olvidada de su Magestad, cuando vuelven á ella, sale á encontrarlos con la gracia preveniente, á hermostrarlos con la santificante, hasta intruducirlos en lo mas íntimo de su corazon. Ella, con providencia de pastor, dejando en el monte pacienddo su manada, vá corriendo con ansia en busca de la ovejuela perdida, y hallandola, no la hiere, no la amenaza con el cayado; antes la abraza, la pone sobre sus hombros, la trahe al rebaño, hace fiesta, y busca y recibe parabienes: *Congratulamini mihi, quia inveni ovem, quam perdidideram.* Donde dice santo Tomás: *Congratulamini mihi, quasi tota salus Divina ab hominis inventione penderet, et quasi sine ipso beatus esse non posset.* (OPUSC. 63. CAP. 7.) Ella, como triunfante, luego que rinde un corazon obstinado, y conquista un pecador, quiere que los ángeles se visitan de alegría, y que el cielo haga mayores fiestas por la penitencia de uno solo, que por la inocencia de noventa y nueve justos: *Gaulium erit in Coelo super uno peccatore poenitentiam agente, quam super nonaginta novem Justus.* ¿Quién, pues, no se rinde á la dulce violencia de tanta misericordia? ¿Qué pecador se resistirá á la beneficencia de tantas gracias? ¿Quién querrá mas huir de tan amoroso Padre, que le viene á encontrar con los brazos abiertos, y aun mas abierto el corazon? ¿Puede el pecador con su penitencia dar

tanta alegría y consuelo al Padre Celestial, y no lo hará? ¿Con sus lágrimas de contricion puede llenar de júbilo todo el paraiso, y lo dilatará? No. Dios mio, no, que no puedo resistir mas á tanta bondad. Ya me rindo á vuestra clemencia.

Vengo á vuestros Pies vencido, no ya del temor del castigo, ni aun de la esperanza del premio, sino del exceso de vuestra benignidad. Lo que no ha podido conmigo, ni aun la muerte, ni el juicio, ni el inferno, lo ha conseguido finalmente vuestra misericordia, de quien únicamente es troféo este corazon contrito: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

§. III.

EJEMPLO.

Tambien en la casa del celestial Padre no han faltado hijas pródigas, que primero quisieron *projicere margaritas ante porcos*, arrojar las perlas de sus almas á los sucios apetitos, y despues vinieron á ser preciosisimas joyas, dignas de colocarse en la corona del Rey de la gloria. (BOL. 22. FEB.) Una fué la beata Margarita de Cortona, que en la primera flor de su edad se huýó de la casa de su padre, y sin atender á su honor, se entregó á un deshonesto amante, y prosignió nueve años cumpliendo sus desenfrenados gustos: cuando una mañana vió volver á casa el perro, que solia continuamente acompañar al torpe dueño de su voluntad; venia ahora solo, y con tristes ladridos lamentandose, la tiraba con los dientes de la ropa, como que la convidaba que le siguiese. Turbóse á aquel accidente no es-

perado la dama, y despues de haber arrojado de sí el can, viendo que porfiaba en tirarla con los dientes de la ropa, se resolvió de tenerlo encerrado, hasta que se descubriese el fin de aquella novedad. Embió al punto el can á un lugar apartado, donde habia un montón de hacecillos de leña. Llegado allí, empezó con los ojos, con los ladridos, con los movimientos del cuerpo y de los pies, á darla á entender que registrase y descubriese lo que estaba allí escondido. Va quitando los hacecillos, y al fin descubre el cadaver de su infeliz amante, que muerto á manos de sus enemigos, corrompido por las heridas, asqueroso por la sangre, parecia que le estaba reprendiendo sus vicios, y la decia: Por tí está aquí mi cuerpo, y por tí estará mi alma eternamente ardiendo en el infierno. Aprende á mi costa á componer bien tus cuentas con Dios.

Atónita Margarita á tan horrible espectáculo, descolorida, helada y medio muerta, empezó á llorar. Reconoció en las heridas de su infeliz amante sus culpas, y con cuerda resolucion tomó el partido del hijo pródigo, y resuelta á mudar de vida, se encaminó á la casa de su padre. Pero el padre, indignado é indiscreto, en vez de acogerla, si no con amor, á lo menos con paciencia, la salió al encuentro con el bastón, y la dió con las puertas en la cara. Desechada de su padre, acudió á los religiosos de san Francisco, para que la admitiesen entre las mugeres de la orden tercera, en hábito de penitente. Aquí tambien padeció el desden de ser despedida, temiendo los padres dar tan presto aquel hábito á una muger tan del mundo.

¿Qué hará pues, esta triste é infeliz pecadora?

Váse á la iglesia á los pies de Cristo crucificado, que siendo aquel rico mercader del Evangelio, que hallando una preciosa margarita: *Inventa una preciosa Margarita*, la compró á costa de todo el caudal de su Sangre, la acogió con entrañas de caridad, y la enseñó al arte de volver á la casa del Padre celestial, ya que le faltaba el terreno. Apenas se recobró con corazon compungido, y ojos llenos de lágrimas en el seno de la Misericordia divina, cuando se sintió llena de una dulce esperanza; y no solo consiguió ser admitida entre las terceras de la orden seráfica de la penitencia, sino tambien mereció que el Salvador, con amorosísimas palabras, la dijese desde la cruz: ¿Qué temes, ó pobrecilla, de mi Bondad? ¿No reconoces la gracia de mi infinito amor? Y desde aquí empezaron los extraordinarios favores de la liberalidad divina, y una recíproca correspondencia de afectos de Margarita en servir á Dios, y de Dios en hacer beneficios á Margarita. Ella con lágrimas, con oraciones, con ayunos, con disciplinas de sangre, no cesaba de aplacar á la divina Justicia. Dios, con ilustraciones del entendimiento, con delicias del espíritu, y con visitas del cielo, le hacia continuamente experimentar los rasgos de su misericordia, llamandola *su pobrecilla*. De que no contenta Margarita, le suplicó una vez con grande animosidad, que se dignase llamarla hija. A que respondió el Salvador: „Cuando hubieres lavado „mejor tu corazon de toda mancha, con una confesion general de tus culpas, entonces serás favorecida con el nombre de hija.” Cumpliólo ella con un exactísimo examen de su vida, y fervorosos afectos de contricion, y al acercarse,

con una soga al cuello á guisa de esclava, á la mesa de los ángeles para comulgar, oyó que le decia dulcemente Jesus: Hija mia. Margarita, yo te absuelvo de todos tus pecados: *Filia mea, Margarita, ego te absolvo ab omnibus offensis tuis.* A esta voz se llenó de tanta suavidad su corazon, que pensó rebentar de alegría, y todo aquel rato estuvo fuera de sí arrebatada de un profundo y dichoso éxtasis, hasta que volviendo en sí, pronunció estas voces: *O Verbum omni suavitate plenum, quod dixit mihi Jesus: Filia mea!* ¡O palabra llena de toda suavidad, con que Jesus me dijo hija mia!

Y no solo hija, sino tambien esposa la llamó otra vez, y como tal la favoreció con singularísimas señas de su beneficencia, enviando muchas veces á consolarla en sus aficciones á la reina del cielo, á enseñarla en sus dudas al ángel de su guarda, á acompañarla en sus oraciones los principales santos del paraiso.

El mismo Cristo parecia que gustaba de estar con ella, no menos familiarmente, que con la purísima virgen santa Gertrudis. Declaróla los misterios mas escondidos de la Encarnacion y Pasion, y la dió á ver la Llaga de su santísimo Costado. Dióla muchas veces la bendicion con su divina diestra, y le hizo que leyese su nombre, escrito con letras de oro, en el libro de la vida, y su cabeza coronada con una diadema de gloria. Protestó, que ninguna muger habia en la tierra á quien amase tanto en aquel tiempo, cuanto á esta pecadora, lavada con su Sangre, y enriquecida con los dones de su gracia: todo esto, en atencion á su fervorosisima contricion, á sus lágrimas, á su penitencia, que fué verdaderamen-

te grande é increíble; porque no solamente en su retiro se dolía amargamente de sus culpas, mas en público, con improprios, se acusaba. Ni solo plañia con dolorosos suspiros su vida pasada, sino convidaba á otros que llorasen y suspirasen por ella. Mas cuanto ella mas se compungia en su corazon, y se abatía y envilecia á los ojos de todos, tanto mas Dios la llenaba de sus celestiales dones, y la hacia gloriosa á los ojos del mundo, haciéndola, por decirlo así, señora de sus divinos Atributos; de la Sabiburia, porque penetraba los secretos del corazon; de la Bondad, porque conseguia muchísimos favores; del Poder, porque hacia frecuentes y grandes milagros: por lo cual, lamentandose ella con Cristo, Señor nuestro, porque hacia al descubierto tan grandes maravillas y gracias á una pública pecadora, oyó que su Magestad la respondia: *Tu eres una red mia, con que quiero pescar los pecadores, que por el mar del mundo van perdidos. No pienses que serán pocos los que vendrán á arrepentirse y hacer penitencia, al oír los favores, no usados, que yo hago á tu contricion.* Ojalá que en nosotros tambien saliese verdadero el dicho del Redentor, y que esta hermosa red nos sacase á la orilla de una verdadera penitencia, y á participar de los celestiales favores, de que fué colmada esta felicísima penitente.

Lease á Tomás de Kempis, cap. 10. del lib. 3. cuyo título es: Como despreciado el mundo, es dulce cosa servir á Dios.